

la solemne necedad de Aquilio atrajo sobre los romanos una verdadera tempestad. Cierta que la conducta de los reyes Mitridates y Tigranes había sido tal que, según la política tradicional romana, era preciso salir al encuentro de estos nuevos soberanos con las fuerzas necesarias; pero los hombres de Estado, al pensar en el Asia, hubieron de decirse que á pesar del giro favorable que tomaba el primero y mayor peligro de Italia, no había llegado aun el momento oportuno de envolver al Estado romano en una nueva guerra en alto grado peligrosa. Aquilio no sabía lo que se hacía, quizá porque no conocía el poder ni el carácter de Mitridates, y engañado por las fáciles y rápidas victorias de Sila en Asia, no comprendió todas las dificultades que consigo traía su empresa. Aguijoneado por su afán de gloria, y más que todo por su ambición y por su codicia, decidió provocar á toda costa una guerra contra Mitridates. El rey Nicomedes, que por los gastos de la campaña y por sus promesas personales se había hecho deudor de Aquilio, declaró la guerra á Mitridates é invadió de repente y saqueó el territorio de Amastris; y cuando Mitridates, indeciso todavía, manifestó á Aquilio deseos de que los romanos, ó sirviesen de mediadores para la paz, ó le prestasen auxilio contra los bitinios, ó decidiesen la cuestión, siendo árbitro el Senado, declaró Aquilio que el rey pónico debía á todo trance abstenerse de hacer la guerra contra Nicomedes.

III.—GUERRA ENTRE ROMA Y MITRIDATES EL GRANDE. MITRIDATES CONQUISTA LA CAPADOCIA (88) Y MANDA ASESINAR Á LOS ROMANOS

Esto acabó con la paciencia de Mitridates, y los romanos se encontraron enfrente de un enemigo como no lo habían tenido desde los tiempos de Aníbal. Mitridates, desde el otoño del año 87, dedicó todas sus fuerzas á la guerra contra los romanos, ordenando desde luego á su hijo Ariarates VIII que regresara á Capadocia, mientras él buscaba aliados en todas partes. Dejando á los partos mantenerse estrictamente neutrales, firmó alianza con los armenios, envió emisarios á Alejandro, se atrajo á los cretenses, independientes todavía, y muchos de los cuales entraron á su servicio, preparó movimientos en Tracia y Macedonia, y se unió con los pueblos helenizados, griegos y asiático-nacionales de la provincia de Asia, que estaban altamente disgustados contra los romanos. A la par que en Oriente gran número de corsarios aumentaban la escuadra del rey pónico, y los desertores romanos é itálicos eran agrupados en un cuerpo de ejército, hizo Mitridates un llamamiento á todas las fuerzas de su reino. Prescindiendo de las tropas auxiliares armenias, pudo poner en pie de guerra un ejército de 250,000 infantes y 40,000 jinetes, que presentaba un conjunto abigarrado, al estilo de Oriente, carecía de organización uniforme y solo en parte estaba dirigido por buenos caudillos. Una escuadra de 400 buques se había enseñoreado del mar Negro. Contra tales fuerzas los romanos solo podían mantenerse á la defensiva. Cierta que decidieron que Sila, como cónsul del año 88, sacase su ejército de la Baja Italia y lo condujese al Asia, en cuanto pudiese abandonar aquel teatro de la guerra sin peligro inmediato; mas por el momento Aquilio se veía reducido al ejército bitinio, que se encontraba en la comarca de Amastris, y á las pequeñas divisiones romanas reforzadas por las milicias asiáticas, al frente de las cuales se encontraban en Galacia el prefecto L. Cassio y en Capadocia el prefecto Quinto Oppio. La escuadra romana bitinia se mantenía en el Bósforo.

Mitridates, á principios de la primavera del año 88, inauguró la guerra con un llamamiento general que tuvo éxito en muchos puntos. Sus excelentes generales Arquelao y Neoptolemo derrotaron por completo, al primer encuentro, al

ejército bitinio, junto al río Amnias, confluente del Halis. Y como las milicias asiáticas de los romanos, tratadas con grandes miramientos por el prudente Mitridates que daba la libertad á cuantos soldados de ellas caían en sus manos, no sabían resistir los formidables ataques de los generales pónicos, los tres jefes romanos no pudieron contar mas que con los soldados itálicos para sostener la guerra. Aquilio tuvo que retirarse á Pérgamo, después de haber sufrido una derrota en Sangario; L. Casio abandonó la Frigia, refugiándose en las plazas fuertes del alto Meandro, especialmente en Apamea Cibotos; Oppio, derrotado en Capadocia, conservó en las cercanías la ciudad de Laodicea, situada cerca del Licos. Cuando el ejército pónico invadió la provincia romana de Asia, con gran júbilo de los habitantes que, con escasas excepciones, consideraban á Mitridates como el libertador y le saludaban como á Dios salvador; cuando Aquilio huyó de Pérgamo á Lesbos; y cuando el Bósforo cayó en poder de la escuadra pónica, y se recibió al propio tiempo la noticia de que el temido Sila se encontraba en su patria en guerra abierta con sus adversarios romanos, pareció inevitable la completa desaparición del poder de Roma en el Asia. Entonces los que acababan de sacudir el yugo, y el mismo rey pónico, en el cual se despertó su naturaleza salvaje, pudieron dar libre curso á sus instintos de venganza. Los habitantes de Laodicea entregaron en poder de Mitridates á Oppio y los de Lesbos á Aquilio. El rey pónico, con toda la grosería y con toda la sed de sangre del oriental de la peor especie que puede satisfacer por completo y á mansalva sus deseos de venganza, después de inferir á los dos temidos romanos, promotores de la guerra, los mas groseros ultrajes, dispuso que fuesen atados á un asno y paseados de tal modo por las ciudades del Asia Menor hasta llegar á Pérgamo, en donde les hizo dar muerte, ordenando que les echaran oro derretido en la garganta. No era esto, sin embargo, bastante para él: además necesitaba vengarse personalmente por sí y por los asiáticos, y arrastrar á estos que todavía vacilaban, y á los cuales perdonó todos los impuestos atrasados y prometió eximir de toda contribución por espacio de cinco años, á poner entre ellos y los romanos un lago de sangre que les separase para siempre de la causa de Roma. Para ello dió orden desde Efeso á todas las ciudades que de él dependían y á todos sus comandantes de que en un día dado asesinaran, sin distinción de sexo, edad ni condición, á todas las personas de origen romano ó itálico que en sus respectivas demarcaciones existiesen, y de que les confiscasen sus bienes, la mitad de los cuales debían cederse á los asesinos ingresando la otra mitad en el tesoro. A excepción de algunos pocos lugares, como por ejemplo la isla de Cos, encontró Mitridates en todas partes verdugos voluntarios, y su mandato fué cumplido con horroroso refinamiento de crueldad por las poblaciones griegas, helenizadas y orientales. Los horrores de la *noche dinamarquesa*, de las Visperas sicilianas, los sanguinarios hechos acaecidos en la India en 1857, y otros ejemplos por el estilo de la bestialidad humana, todavía no son bastantes para dar una idea exacta de aquella fiesta sangrienta de saqueos y venganzas. El exterminio fué completo, pereciendo 80,000 personas de origen latino, cifra que algunos elevan á 150,000.

Al propio tiempo, Mitridates puso en orden sus nuevas conquistas: Pérgamo fué la nueva capital del reino, y Capadocia, Frigia y Bitinia se convirtieron en satrapías pónicas.

IV.—GRECIA SE SEPARA DE MITRIDATES

La horrible matanza de todo el pueblo latino del Asia hubo de ser funesta para el rey. La cruel locura de asesinar

á los itálicos, hizo por una parte necesario que se unieran á los romanos para tomar venganza, y por otra parte excitó la ira de los romanos, que se aprestaron á contestar con toda energía á este acto de salvajismo. Ya en Asia habían protestado enérgicamente contra él todos los elementos que no pensaban en la insurrección; así es que en las comarcas del extremo Sudoeste del Asia Menor, á excepción de una parte de la Paflagonia, encontró el rey pónico dura y eficaz resistencia. Las ciudades licias, una parte de las fortalezas carias, especialmente Magnesia que resistió con éxito á Arquelao, y la isla de Rodas permanecieron fieles á Roma. Los fieles rodios, á los cuales se unieron todos los fugitivos del Asia, entre ellos L. Casio, contestaron á todos los ataques de las fuerzas terrestres y marítimas del rey del Ponto, muy superiores á las suyas, con la misma tenacidad con que habían resistido á los de Demetrio Poliorcetes.

Sin embargo, las tropas romanas que debían tomar venganza de aquel hecho inaudito se encontraban todavía lejos del teatro de la lucha: las guerras intestinas en que se despedazaban los romanos habían dado á Mitridates un año precioso de tiempo y el nuevo gran rey de Oriente, que inauguraba su nueva y brillante posición mandando acuñar medallas de oro, no tardó en enviar sus ejércitos á las comarcas de la península de los Balkanes, haciéndoles pasar por el mar Egeo, en donde se encontraba su escuadra, á fin de posesionarse de la mitad septentrional, y de la comarca griega, abundante en puertos, y rechazar á los romanos hasta más allá del Adriático. La furiosa violencia con que las rudas tribus de las fronteras orientales y septentrionales de la Macedonia recorrieron en el año 92 esta provincia, fué debida á las intrigas de Mitridates. El prefecto romano que en ella gobernaba durante el año 89, el activo y excelente Cayo Sentio Saturnino, se defendió tenazmente, pero su situación llegó á hacerse difícil. Las victorias conseguidas por los pónicos habían producido gran excitación en Grecia, é infundido á la democracia grandes esperanzas de que bajo los auspicios de Mitridates podría sacudir la pesada dominación romana. La oligarquía fué perdiendo su prestigio. El primer hombre que condujo los pónicos á Grecia fué un ateniense: el peripatético Aristion, conocido hasta entonces como una personalidad mediana y de carácter equívoco y como un hombre de cierta influencia entre las masas de su ciudad, que se había creado una posición desahogada por medio de las conferencias que diera en distintas comarcas de la Grecia, había sido enviado, después de la primera gran victoria del rey, por el demos á la corte pónica, había atraído por completo á su causa á Mitridates, y regresado á Atenas con las instrucciones del rey. Allí puso al pueblo en movimiento, se hizo nombrar primer estratega, prescindió de todas las limitaciones por los romanos impuestas al demos y comenzó á perseguir cruel y violentamente á los oligarcas adictos á Roma, á quienes desterró, por fin, de la ciudad. Su tentativa de apoderarse de la rica isla de Delos, ocupada militarmente por los romanos, fracasó completamente. Entonces las tropas pónicas se pusieron en movimiento para caer por dos puntos distintos sobre la península de los Balkanes. El príncipe Ariarates, hijo del rey, ocupado antes en los asuntos de la Capadocia, condujo en el año 88 un fuerte ejército al Helesponto, se apoderó de la Tracia, convirtió en estaciones suyas las ciudades de Abdera y Filipos, y puso en grave aprieto al romano Sentio que se encontraba en Macedonia. Una fuerte escuadra y un poderoso ejército, mandado por Arquelao y Metrofanes, se apoderaron de las Cicladas: la isla de Delos fué conquistada y saqueada, pereciendo en ella 20,000 romanos é itálicos, y Eubea cayó después en poder de los pónicos. Al llegar á este punto se estancaron las victorias de los asiáticos: el legado de Sentio, Brutio Sura, defendió con

éxito la ciudad de Demetria contra los ataques de Metrofanes, y cuando después el mismo legado, para salvar á la fiel Tespie, salió al encuentro de Arquelao, que ocupaba el Píreo y había insurreccionado á los beocios y á los peloponesios, consiguió detener victoriosamente la marcha de los asiáticos y de los atenienses junto á Queronea. Pero cuando, en la primavera del año 87, los peloponesios se reunieron con Arquelao, hubo el romano de retirarse á las Termópilas y mantenerse á la defensiva hasta que apareció el terrible Sila en el suelo griego.

V.—SULPICIO RUFO. REVOLUCION DE SULPICIO

Una nueva revolución y la primera fase de la guerra civil habían sido causa de que las legiones romanas y sus mejores generales hubieran tenido que permanecer largo tiempo en Italia. Como durante el segundo año de la guerra itálica y bajo la presión de las terribles catástrofes y pérdidas materiales que entonces acontecieron, se habían exacerbado los ánimos de los partidos, hubo de ocurrir el inaudito suceso de que el pretor de la ciudad, A. Sempronio Aselio, fuese asesinado por un tribuno de la plebe y por una pandilla de irritados acreedores, mientras celebraba un sacrificio delante del templo de la Concordia, porque había cometido la locura, apoyado en las antiguas y caducadas leyes que entonces se tenían por disolventes, de favorecer á los deudores. Pero lo inaudito fué que este crimen quedó impune. El fuego que latía bajo las cenizas, se mostró con toda fuerza en Roma, durante el año 88, cuando un notable hombre de Estado se puso al frente de un nuevo movimiento. Era Publio Sulpicio Rufo, antiguo partidario de Livio Druso, que se había distinguido repetidas veces como general durante la guerra itálica. Desconocidos nos son los motivos en que apoyó su proposición al presentarse, en el año 88, como tribuno de la plebe, y las investigaciones modernas no están acordes acerca de las razones que tuvo este hombre, perteneciente á aquella parte de la nobleza amiga de las reformas, para dar un paso tan revolucionario. Unos opinan que causas puramente egoístas y personales le indujeron desde un principio á afiliarse en el partido de Mario que tanta ambición había mostrado, después de haber dirigido la guerra pónica, hasta el punto de que todo su afán consistió en arrebatar al anciano general el codiciado mando: otros, con mas fundamento, le suponen miras mas patrióticas, y atribuyen solo á su impremeditación, imprevisión y loca alianza con Mario el haberse hecho enemigo de su Estado.

Sulpicio presentó una serie de rogaciones de muy distinto carácter, en las cuales se descubre en todas sus partes el motivo político, viéndose en una, de un modo muy especial, un pensamiento no exento de personal malicia. La proposición que tenía por objeto llamar de su destierro á los hombres condenados por tribunales poco imparciales durante los años 90 y 91, tendía á rehabilitar á sus antiguos amigos, partidarios de Craso y de Livio Druso. En cambio, no era tan solo el interés de la preponderancia política del Senado, sino también la enemistad que, motivada por causas legítimas, le separaba de la familia de los Julios y de otros gobernantes desde el principio de su tribunado, lo que le indujo á proponer que todo senador que debiera mas de 2,000 denarios fuese excluido del Alto Consejo del Estado. Cuando después propuso que los libertos tuviesen voto en todas las tribus, se vió que esta era una exigencia demagógica, con la cual pensaba proporcionarse, para sus ulteriores planes, una segura retirada entre los romanos de la ciudad. Pero su plan principal era conseguir la completa igualdad política entre los nuevos ciudadanos itálicos y los romanos. Esta empresa ofrecía un in-

terés altamente patriótico y era además de gran utilidad. La situación de Italia era todavía muy poco satisfactoria, pues la desastrosa guerra de la península que había costado al país 300,000 hombres y que era causa de tantos horrores, seguía siendo el asunto principal de la política. Todavía estaba sobre las armas, como hemos visto, el resto de los samnitas, y mientras una parte de las municipalidades itálicas, obligadas á firmar la paz y á someterse, no solo no conseguían el derecho de ciudadanía, sino que perdían la esperanza de ver restablecidos los antiguos tratados rotos por la sublevación, los ciudadanos nuevamente admitidos se quejaban porque solo podían emitir sus sufragios en ocho tribus, comprendiendo perfectamente que en tal situación se verían fácilmente supeditados por las masas de los romanos puros. Y como los romanos, persistentes en el funesto sistema de la soberanía de las antiguas asambleas populares, no podían ver con buenos ojos la irrupción de centenares de miles de ciudadanos, aumentóse considerablemente el peligro cuando se relegó á los nuevos ciudadanos á una condición humillante, se les trató como romanos de segunda clase y de este modo y por este camino se les llevó á ser instrumentos de los nuevos demagogos. Segun parece, Sulpicio no quiso ser un radical trastornador, sino que apareció como un político prudente, ya obrase simplemente dentro de las doctrinas de su amigo Livio Druso, ó ya durante la guerra hubiese hecho, como general, promesas á los pueblos por él pacificados. De todos modos, exigió que los nuevos ciudadanos fuesen distribuidos en todas las tribus; pero como no quería correr la suerte del infeliz Graco, y en vista de la tenaz resistencia que le oponía una parte del Senado y especialmente de los caballeros, comenzó por apelar á los medios de fuerza rodeándose de una escolta de 3,000 hombres asalariados y de 600 hombres de las mejores familias, á los cuales se daba el nombre de *Contrasenado*. El Senado y los cónsules enemigos suyos, Q. Pompeyo Rufo y Sila, intentaron contrarrestar sus planes anunciando una vacación en los negocios, durante la cual no podía celebrarse ninguna reunión popular. Entonces Sulpicio se valió de la violencia, produciéndose, con sus excitaciones, un tumulto, en el cual los partidarios de uno y otro bando combatieron á palos y á pedradas. En este tumulto se salvó Sila de una muerte segura por haberse refugiado en la casa de Mario. Hubo que dar por terminadas las vacaciones, y entonces los comicios aceptaron la proposición de Sulpicio.

Sila abandonó en seguida la ciudad y se apresuró á reunirse con su ejército en la Campania. Tales como se presentaban las cosas en el Asia Menor, en donde Mitridates había conseguido sus primeras victorias, perdiendo colosales sumas los comerciantes romanos, es probable que aquel general, que después, dejando tras sí la mas tremenda revolución, quiso ante todo destruir el poder del rey del Ponto, no pensase entonces en vengarse de las escenas ocurridas en el mercado de Roma, sino que dedicase todos sus esfuerzos á apoderarse de Nola, sin perjuicio de conducir luego su ejército al Asia, para dirigir allí la guerra á que el Senado le había destinado, guerra que él mejor que nadie podía llevar á cabo, por su talento y el conocimiento que tenía del mundo oriental. Desgraciadamente Sulpicio creyó peligroso que las legiones abandonaran la Campania. Enemistado como estaba con el Senado y con los cónsules, decidióse, segun parece, á unirse íntimamente con Mario, cuyo auxilio le era muy útil, lo cual solo pudo conseguir mediante la condición de que la guerra asiática sería confiada al anciano general, quien, indignado por las humillaciones y desprecios de que se veía objeto por parte de la nobleza y aguijoneado por la envidia que hacía Sila sentía y que había crecido extraordinariamente

desde la terminación de la guerra de Numidia, ambicionaba ardientemente aquel mando.

VI.—SILA MARCHA CONTRA ROMA. SILA ASALTA Á ROMA Y DESTIERRA Á SUS ENEMIGOS

Sulpicio, para hacer inofensivo á Sila y para llenar los deseos de Mario, propuso ante la Asamblea del pueblo, á pesar de todo cuanto había acontecido desde que por vez primera fué Mario enviado al Africa, la inaudita ley que quitaba el mando á Sila y ponía al anciano general, que entonces vivía como simple particular, al frente del ejército campanio, dándole poderes proconsulares y confiándole la dirección de la guerra asiática. Dos tribunos de la plebe marcharon á Nola para exonerar á Sila del mando, faltándose entonces por vez primera en la historia romana, á las antiguas formas constitucionales respecto la milicia. El ejército campanio demostró que la conversión de las tropas romanas, de ejército de ciudadanos en ejército de proletarios, como había acontecido en la guerra itálica, había modificado el espíritu de las legiones de tal suerte, que ya no titubeaban en seguir á un general popular entre ellas, aun cuando se tratase de ir contra la propia ciudad natal. Sila era el primer romano que, por su dureza y falta de consideración y por su sangre fría al estudiar la realidad de las cosas, destruyó el encanto que hasta entonces había envuelto la voluntad del pueblo soberano y de los tribunos. La arenga con que Sila les expuso la situación les entusiasmó de tal manera, que asesinaron á los enviados romanos y exigieron de su general que les llevara inmediatamente contra sus enemigos de Roma. Solo los oficiales superiores del ejército, á excepción de uno, se mostraron bastante ciudadanos y se negaron á tomar parte en semejante expedición. Sila partió hacia el Norte con 35,000 hombres, se unió por el camino con el otro cónsul y se encaminó sin detenerse hacia la capital. Al llegar á ella, ordenó á una legión que, por el Oeste, se apoderara del puente del Tíber, mientras por el Este dos de sus columnas ocupaban la puerta Celimontana y la Colina; otra quedó de reserva fuera de la ciudad, y Sila, al frente de otras dos legiones penetró en Roma por la puerta Esquilina. La plebe y las masas armadas que Sulpicio y Mario habían puesto en pié de guerra, intentaron detener á las tropas invasoras, arrojándoles proyectiles desde las casas, hasta que Sila las amenazó con el incendio. Después de una sangrienta lucha en la plaza del mercado Esquilino, los partidarios de Mario hubieron de emprender la fuga, y un último combate junto al templo de Tellus, en el punto donde comenzaba el declive del Esquilino hacia el Foro, puso fin á toda resistencia. Por la tarde, Sila era dueño de la capital y por la noche sus tropas vivaqueaban en el Foro.

Sila, después de la victoria completa que acababa de conseguir, usó de una moderación que nadie esperaba. En el estado en que se encontraban las cosas en el Asia y ante la horrible noticia de la matanza general de romanos efectuada en la provincia pergamesa, concibió el plan de arreglar pronto los asuntos de Roma de un modo favorable á los optimates, para poder cruzar cuanto antes el mar jónico. Con este objeto prohibió todo saqueo y todo exceso en sus tropas, y no procedió á ejecución alguna de los adictos al partido vencido; pero no titubeó en ordenar al pueblo, después de haber obtenido la vena del Senado, que proscribiera á doce jefes populares á la cabeza de los cuales estaban Sulpicio, Mario y el hijo de éste, como enemigos de la patria. De éstos, solo Sulpicio encontró la muerte en Laurentum, mediante la traición de un esclavo; su cabeza fué colocada por orden de Sila en la tribuna del Foro. Este era el comienzo de una serie de crueldades á que, en lo sucesivo, habían de entregarse los partidos. Un rasgo característico de Sila: en premio de su

traición dió á aquel esclavo infiel la libertad, pero acto continuo le hizo precipitar de la roca Tarpeya por homicida de su amo.

Bajo el punto de vista político, Sila consiguió que la Asamblea derogara la última ley de Sulpicio, lo cual, teniendo en cuenta la guerra itálica, no dejaba de ser una falta que fué pronto objeto de sangrienta venganza. Luego trató de sujetar la indomable conducta de los comicios y de limitar la facultad legislativa de los tribunos, y completó el Senado, desmembrado por los procesos y luchas de los últimos años, con 300 senadores elegidos de entre los partidarios de los optimates, disponiendo además que, en lo sucesivo, ninguna disposición podría ser presentada á la aprobación de la Asamblea popular, sin haber sido antes aprobada por el Senado. Por último, al decir de un autor moderno, el mas conocedor sin duda de las cosas de Roma, hubo de robustecerse de nuevo la preponderancia de los ciudadanos acomodados, en la elección de los grandes funcionarios. Además se modificó el órden de votación de las centurias, existente desde el año 241, restableciéndose la antigua práctica, segun la cual la primera clase, compuesta de los que tenían una fortuna de 100,000 sesteracios (102,350 reales), poseía la mitad de los votos. Tambien tuvo importancia, aunque solo momentánea, el hecho de que el vencedor aliviase la condición de los deudores, entre los cuales se contaban algunos romanos, antes ricos, que habían quedado arruinados por las calamidades de los últimos tiempos, á cuyo fin recomendó las disposiciones que antiguamente regían respecto de la tasa del interés. Asimismo se proyectaron nuevas colonizaciones.

Sila, sin embargo, hubo de convencerse muy pronto de que sus enemigos solo habían sido vencidos superficialmente: todas sus tentativas para dejar, antes de partir á Grecia, las riendas del gobierno en manos de personas de confianza sin apelar para ello á la violencia, fueron infructuosas. Cierta que uno de los cónsules elegidos para el año 87, Cneo Octavio, era un acérrimo optimate; pero en cambio el otro, Lucio Cornelio Cinna, conocido hasta entonces como un oficial que durante la guerra itálica había dado muestras de poseer excelentes condiciones militares, se había presentado como candidato de todos los descontentos y por su personalidad y por su carácter ofrecía escasas garantías de una pacífica dirección del Estado. Sila hubo de contentarse con el juramento solemne que prestó de no atentar al órden de cosas nuevamente establecido; además contaba con el ejército del Norte concentrado en el Piceno para asegurar la tranquilidad durante su ausencia. El cónsul Pompeyo Rufo debió encargarse del mando de este ejército, en lugar de Pompeyo Strabon que seguía ejerciendo las funciones de procónsul, y que era molesto al Senado por haber estado afiliado al partido de Sulpicio y por apoyar las pretensiones de los nuevos ciudadanos. No había concluido todavía el consulado de Sila, cuando Rufo fué asesinado por los soldados, ignorándose si este crimen se cometió por excitaciones de Strabon, á quien hubiera podido mover á ello su envidia personal y política, y sabiéndose solo con certeza que tomó en seguida el mando de las tropas, y lo conservó tranquilamente sin mostrarse enemigo del Senado.

Por su parte, Sila á quien los asuntos de Oriente llamaban con urgencia á los territorios del mar Jónico, regresó apresuradamente á principios del año 87 á Campania. Apio Claudio hubo de continuar el sitio de Nola y Metelo Pio se hizo cargo del mando de las tropas que luchaban todavía con los samnitas y lucanios. En Roma, cada día se iba haciendo mas peligrosa la situación del partido de Sila y mas difícil la conservación de las últimas innovaciones. Dada la debilidad de la mayoría de los optimates que no contaban en la capital con un se-

gundo jefe de la energía de Sila, era en extremo difícil resistir á la actividad de los demócratas y de los descontentos de toda clase que en parte pedían con vivas instancias el restablecimiento de aquella ley en virtud de la cual los itálicos y con ellos los libertos eran admitidos en todas las tribus, y, en parte, se esforzaban por obtener la rehabilitación de los romanos desterrados por Sila. El nuevo cónsul Cinna se hizo órgano de todos estos elementos. Cuando Sila, con espíritu patriótico, y considerando que la cuestión principal era ante todo destruir al rey pónico, enemigo mortal de los romanos, condujo, durante la primavera del año 82, su ejército á Dirraquio, presentó Cinna las dos proposiciones, apoyadas por la mayoría de los tribunos de la plebe, que habían de conquistar muchos adeptos á la causa democrática, y cuyo objeto era que los nuevos ciudadanos y los libertos fuesen distribuidos en todas las tribus y que se permitiese regresar á aquellos de los proscritos por Sila que todavía viviesen. Los itálicos acudieron en masa á Roma para apoyar estas pretensiones; pero en el acto de la votación, que fué contraria á las reclamaciones de algunos tribunos que se vieron por ello amenazados por los demócratas armados, se presentó frente á frente de su colega el cónsul optimate, Octavio, acompañado de muchos partidarios armados tambien, trabándose en el Foro un sangriento combate. La plaza y las calles quedaron cubiertas de sangre: los partidarios de Cinna fueron vencidos y, á pesar de las amonestaciones del cónsul, sus gentes completaron sangrientamente su victoria, no terminando la carnicería hasta que quedaron exánimes 10,000 hombres. Cinna abandonó la ciudad; en su lugar fué nombrado cónsul Lucio Cornelio Mérua, y fueron desterrados con Cinna los principales jefes del motin.

VII.—SILA CONQUISTA ATENAS (86)

En tales circunstancias, Sila podía, al parecer, llevar sin obstáculo alguno la guerra desde Italia á Grecia. Esto no obstante, su tarea era difícil; pues solo disponía de 30,000 hombres de tropas romanas escogidas; carecía de una escuadra que hiciese frente á la poderosa de Mitridates, y le faltaban los recursos pecuniarios indispensables, viéndose reducido á las grandes requisas que hacia en los territorios enemigos, y á los medios que su genio le sugeria. Muy pronto, sin embargo, adquirió una base estratégica en Grecia: desde Epiro se dirigió sin detenerse hacia Beocia, rechazó hasta la Macedonia á Bruto Sura, sacó de Etolia y de la Tesalia meridional tropas auxiliares, víveres y dinero, y con una primera victoria conseguida sobre Arquelao y Aristion en la montaña tilfósica, atemorizó de tal suerte á los griegos, que los insurrectos beocios primero, y los peloponesios después, se apresuraron á hacer la paz con el temido general romano y á reconciliarse con él, entregándole dinero y provisiones. Desde Beocia envió Sila el cuerpo de ejército que mandaba el legado Lucio Hortensio á Tesalia, para asegurarse las comunicaciones con Macedonia, mientras otro, conducido por Munatio, debía vigilar Cálcis y á los asiáticos de Neoptolemo que se encontraban en la Eubea. El general en jefe ocupó en persona la posición central en Megara y Eleusis para aniquilar al ejército principal de los asiáticos que se encontraba en Atenas y en el Pireo, por medio de un ataque rápido y decisivo. Contentóse con bloquear á Atenas, pero el Pireo, en donde mandaba el intrépido Arquelao, hubo de ser sitiado en regla después de haberle dado un asalto infructuoso. Para esta empresa tan difícil apelo Sila á todas las fuerzas de la Grecia: todos los bancos y tesoros de los mas notables templos helénicos hubieron de ser puestos á disposición de Sila, quien acometía tales hechos con su característico cinismo: el bos-